

Capítulo 10

—¿Qué haces tú aquí?

—He venido para llevarte a casa.

—¿Estás loco? No puedo irme, matarían a mi familia...

Un golpe de fuego la recibió al salir de la terminal del aeropuerto de Madrid-Barajas. Era un calor distinto al de su Pirambú, mucho más seco, no tan pegajoso. Las otras dos chicas, que João le había presentado en la cola para facturar del aeropuerto de Fortaleza, abandonaron la zona donde más calentaba el sol para guarecerse bajo la sombra, pero ella permaneció inmóvil por unos segundos. Apenas tuvo tiempo de padecer la canícula del final de verano cuando el tipo que las esperaba en la puerta por donde los pasajeros de los distintos vuelos abandonaban el área de recogida de maletas les ordenó sin mucha delicadeza que subiesen a una furgoneta gris con los cristales tintados que se encontraba estacionada bajo una señal de prohibido. Las muchachas tiraron sus cigarrillos al suelo con gesto de disgusto y obedecieron. Wendy estaba paralizada. Un mal presagio recorría su cuerpo y sólo otro grito del conductor hizo que saliera de su aturdimiento.

Era un chico de estatura media tirando a baja, el pelo moreno revuelto, de ojos marrones y mirada desconfiada. Tenía los lóbulos de las orejas enormes merced a unas grandes dilataciones. Su acento delataba su origen latino, aunque Wendy no supo discernir si era uruguayo o argentino. Antes de arrancar les pidió los pasaportes y el dinero que João les había entregado con el fin de aparentar que venían de turismo y así poder entrar en el país sin problemas. Wendy trató de protestar, no por el dinero, sino por el documento que necesitaría si quisiera volver a su país, pero Diego, que así se llamaba el tipo, la tranquilizó diciendo que era necesario para poder tramitar el permiso de trabajo y así tener todos los papeles en regla, y le prometió que se lo devolvería en cuanto terminasen de hacer todas las gestiones.

El trayecto duró algo más de dos horas. Durante ese tiempo apenas articuló palabra. Sus compañeras no paraban de cuchichear entre ellas y hacerle preguntas al conductor, aunque la comunicación no era del todo fluida por causa del idioma. Pero ella optó por no sumarse a la conversación pues iba inmersa en sus pensamientos mientras veía pasar montañas, campos de cereales amarillentos y, por último, amplias extensiones de bosques de pinos. Las dudas le seguían torturando de vez en cuando y, cuando acudían, ella trataba de sacudir su mente para expulsarlas. Ahora ya estaba en España y pronto podría enviarle algo de dinero a su madre, pensaba para infundirse valor y borrar cualquier atisbo de titubeo.

A media mañana llegaron a una especie de bar de carretera que aparentaba estar cerrado a esas horas. Varios neones apagados decoraban la fachada, pintada con colores que le parecieron algo delirantes. Un enorme seto protegía el aparcamiento de la vista de curiosos. Le hizo gracia un gran letrero en el tejado que indicaba el nombre del local. «Club Tropical, aquí no pasará frío» pensó para sus adentros.

El aspecto por dentro le pareció bastante más tétrico. Era un amplio local con una gran barra en un lateral, y diferentes reservados en el lado opuesto. Las paredes estaban pintadas de un color oscuro lo que, unido a que las luces se encontraban apagadas, hacía que apenas se percibiesen los detalles. La única luz penetraba por un par de ventanales cubiertos con una especie de papel de seda translúcido. Cada una de las chicas fue conducida por un pasillo lateral hasta diferentes habitaciones, contiguas unas con las otras. El mobiliario de la de Wendy, que no tenía ventanas, consistía en una cama de 1,50 con las sábanas retorcidas y llenas de manchas, un lavabo con un espejo en la pared y un bidé.

La primera ostia se la llevó en la cara. El animal que se la propinó era un gigante con acento ruso, el pelo rapado y unos pequeños ojos azules hundidos tras unas cejas prominentes. No le dio tiempo a saludar cuando el tipo corpulento entró en el cuarto, pues su puño impactó con violencia en su

rostro sin mediar palabra. La levantó con una mano y le soltó otro golpe que la hizo caer. Diego observaba la escena apoyado en el quicio de la puerta. Wendy trató de levantarse pero el gorila le atizó una patada en el estómago que la hizo doblarse en el suelo, por lo que desistió en su empeño y permaneció encogida. Se llevó la mano a la boca y comprobó que la sangre manaba de una herida en el labio inferior.

—A partir de ahora mando yo —dijo Diego mientras se acercaba a ella—. Harás lo que yo te diga, ¿está claro?

Wendy no pudo ni contestar. El miedo atenazaba su voz que era incapaz de brotar, pero le hizo un gesto afirmativo con la cabeza desde el suelo.

—Vas a ser una buena chica. No se te ocurra intentar escapar, ni irle con el cuento a nadie —prosiguió—. Porque como yo me entere hago una llamada a Fortaleza y tu madre no dura ni cinco minutos, ¿estamos?

—Sí —consiguió articular ella con dificultad.

—Así me gusta —dijo mientras se desabrochaba el cinturón y comenzaba a bajarse los pantalones.

Los ojos de Wendy se llenaron de pavor cuando intuyó lo que pasaría a continuación. Trató de resistirse cuando Diego se echó sobre ella y empezó a arrancarle la ropa, pero los golpes recibidos la habían debilitado y no pudo quitárselo de encima. Colocó sus rodillas entre los muslos de la chica para abrirla las piernas y se agachó sobre ella, ayudándose con una mano para introducirle la verga por el coño. La penetró con una violencia inusitada con el objetivo de demostrarle quién tenía la sartén por el mango. Cuando se corrió dentro de ella se retiró sin dirigirle la palabra. Wendy se quedó desnuda en el suelo, en posición fetal, sollozando. Pensaba que ya había pasado todo cuando el Ruso la levantó como si fuese una pluma y la arrojó boca abajo sobre la cama. Notó como algo duro le desgarraba el ano pero fue incapaz de volverse. Durante unos minutos las acometidas continuaron con gran dureza hasta que sintió como algo líquido y tibio se derramaba en su interior.

Los días siguientes consistieron en una sucesión de violaciones y palizas con el objetivo de anular su voluntad. Perdió por completo la percepción del tiempo mientras hombres a los que en ocasiones ni veía las caras la forzaban una y otra vez. Se echaba a temblar cada vez que los goznes de la puerta de la habitación donde la mantenían recluida emitían un ruido parecido a un ligero graznido, pues era la señal de que la pesadilla comenzaba de nuevo. Golpes, violación, o ambas, nunca se sabía lo que vendría, si bien predominaba el abuso sexual, a veces perpetrado por varios tíos a la vez. Por las estrechas paredes de escayola que dividían las habitaciones podía escuchar como las otras dos chicas que vinieron con ella estaban sufriendo algo parecido a su propio tormento, pero el miedo oprimía su garganta haciéndola incapaz de intentar establecer la más mínima comunicación con ellas en los pocos momentos en que la paz imperaba.

Varios días después, no estaba segura de cuántos pues el cuarto donde se encontraba era como un zulo sin luz natural y la noción del tiempo la tenía más que perdida, Diego se presentó de nuevo. Wendy ni le miró al entrar, convencida como estaba de que se trataría de más de lo mismo que la había acompañado desde que puso el pie en aquel garito. Sin embargo, no sintió la punzada de un pene enhiesto atravesando su carne, ni el dolor de los bofetones por todo su cuerpo. En su lugar escuchó la voz que tanto temía con aquel acento que a ella le parecía argentino.

—Bueno, Wendy, imagino que habrás interiorizado bien lo que te dije y no hará falta repetirlo

—dijo con un tono más meloso que de costumbre.

Se sentó junto a ella y le acarició el cabello con parsimonia mientras proseguía.

—No me gustaría nada que ni tu madre ni vos tuvierais que volver a pasar por esto, así que a partir de ahora serás buena chica, obedecerás todo lo que te diga y no vas a dar un solo problema, ¿estamos?

—Vale —contestó ella con un hilo de voz y sin atreverse siquiera a mirarle.

—¡Muy bien! —exclamó al ver cumplido su propósito de infundir el terror a la chiquilla—. Ahora vendrá alguien que te ayudará a lavarte y a ponerte guapa.

A los pocos minutos una chica mulata de aspecto muy joven pasó a la habitación. Llevaba una falda corta blanca y una camiseta de tirantes con un estampado rosa que apenas disimulaba sus grandes pechos. Un pañuelo en el cuello le daba una apariencia singular.

—Hola, me llamo Edivania, pero aquí todos me conocen como Sol. Te traigo algo de ropa bonita —prosiguió sin esperar respuesta, daba la sensación de que no era la primera vez que jugaba aquel papel tan poco gratificante— pero antes tienes que darte un baño, así que sígueme, por favor.

Enfatizó las dos últimas palabras, quizás consciente del deterioro de Wendy.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la chica en tono jovial.

—Wenda, pero todos me llaman Wendy.

—De acuerdo Wendy. Ven, entra aquí —dijo señalando una puerta entreabierta. Wendy vio que se trataba de un cuarto de baño—. Quítate la ropa por favor y métete en la ducha, que te sentará bien lavarte.

Wendy obedeció sin rechistar, se sentía sucia por fuera y por dentro. Los rasguños de su cara y de su cuerpo le escocían al contacto con el agua caliente, pero aun así consiguió por un momento liberar la ansiedad que la atenazaba y relajarse. Cuando terminó y corrió la cortina para salir se encontró a Edivania que le ofrecía en una mano un vaso de agua y una pastilla en la otra.

—Tómate ésto Wendy. Es una píldora anticonceptiva. Puede que te cause náuseas, mareos, dolor de cabeza o pinchazos en la parte baja de la tripa, pero como comprenderás aquí lo peor que puede pasarte es que te quedes embarazada. Y sabiendo lo que te han hecho estos días seguro que te vendrá bien.

—Gracias —acertó a decir ella mientras alargaba la mano vacilante.

—Eso sí, importante, si vomitas de ahora en un rato avísame porque tendrás que tomarte otra, ¿vale? —Wendy asintió con la cabeza—. Las más veteranas cuentan que hace unos años una chica colombiana se quedó embarazada por no querer tomarse la pastilla. Por lo visto trató de ocultarlo durante unos meses, hasta que ya fue demasiado evidente. Cuando los jefes se enteraron le dieron una paliza tremenda. Claro está, de los golpes y patadas que le propinaron, perdió el bebé y casi la vida. Así que ten cuidado, por favor.

Le tendió una toalla blanca que había perdido cualquier atisbo de suavidad para secarse el cuerpo.

—Tranquila, no entra en mis planes ahora mismo el ser madre —el baño le había sentado bien y se aventuró a informarse sobre el futuro que le esperaba—. ¿Cómo es el trabajo aquí?

—Pues como te podrás imaginar no es lo mejor del mundo, pero he estado en sitios peores, donde te inflaban a coca para trabajar las 24 horas del día sin parar, o donde no obligaban a los clientes a usar condón y cosas por el estilo. Aquí trabajas 12 horas, libras un día a la semana si quieres y el condón es obligatorio. Si algún cliente se pone pesado llamas a la caballería y ellos te

solucionan el problema. Pero no se te ocurra traicionarlos, que por ahí no pasan. Mira ésto —anunció mientras daba vueltas a su pañuelo para retirarlo de su cuello, dejando a la vista una horrible cicatriz que denotaba al menos veinte puntos de sutura para cerrar la herida que la originó.

Wendy emitió un ligero quejido al ver aquel costurón en la garganta de su compañera. Edivania le explicó que en una ocasión, harta de que la obligasen a prostituirse, reunió el valor necesario para plantarse en el cuartel de la Guardia Civil más cercano y presentar una denuncia contra los dueños del Tropical por forzarla a tener relaciones sexuales con los clientes del club. Lo que ella no sospechaba es que el agente que la atendió estaba untado por los proxenetas y, tras llevarla engañada a una sala que cerró con llave cuando ella hubo entrado, no tardó en llamarles para que fuesen a buscar a la oveja descarriada. Lo que vino después pudo haber sido peor, desde luego, pero los empresarios del sexo no quisieron perder a una de sus piezas más preciadas y el corte en el cuello fue hecho a modo de aviso, sin llegar a afectar a ningún vaso sanguíneo esencial. Desde entonces siempre escondía la marca con una bufanda, un pañuelo, un chal, cualquier cosa que tapase el recuerdo de la vergüenza que sintió al ser tan ingenua de pensar que el primero que se cruzase en su camino en un pueblo perdido de la provincia de Soria la ayudaría. Wendy sospechó que el hecho de que enviasen a Edivania y no a cualquier otra chica no era casual, sino que formaba parte del proceso de adoctrinamiento.

La chica le contó que tenía veintidós años, y que llevaba cuatro ya trabajando de club en club por toda la península, si bien en este parecía haberse establecido. Venía de una familia de Brasilia, la capital del país. Sus padres regentaban un restaurante especializado en carnes a la brasa cercano a varios edificios del gobierno federal, y el negocio no iba mal, por lo que tanto ella como sus hermanos vivían de manera holgada. No fue la situación económica lo que le impulsó a venir a España. Fueron sus ganas de conocer mundo, unidas a su ingenuidad, las que hicieron que aceptase la proposición de aquel chico de ojos azules y pelo rubio que resultó no ser el príncipe de sus sueños sino la puerta abierta al infierno en que se convirtió su vida.

Los primeros meses estuvo en un burdel de mala muerte del interior de la provincia de Toledo. Eran cuatro o cinco los paletos que se dejaban caer cada noche por allí, alguno más los fines de semana, y tanto ella como su compañera dominicana eran las encargadas de satisfacer sus deseos más primarios. No era raro que a alguno se le hubiese ido la mano con los cubatas y la emprendiese a golpes con ellas, por lo que, cuando la ofrecieron irse a un club cerca de Alicante no se lo pensó dos veces. Allí vio el mar por primera vez, se sintió cautivada por su inmensidad y por el mecer constante de las olas, pero unos meses después la obligaron a trasladarse de nuevo.

Así pasó los dos primeros años, hasta que cayó en aquel agujero cerca de Navaleno, donde sus nervios no pudieron aguantar más aquella desdichada situación y cometió la torpeza de denunciar a sus chulos al guardia equivocado. Después de eso bajó los brazos de manera definitiva y decidió seguir trabajando sin alzar la voz hasta que llegase el momento en que pudiese comprar su propia libertad.

Desde aquel infausto día en que estuvo a punto de perder la vida, las cosas funcionaron bien excepto un desgraciado viernes del mes de marzo. Nunca olvidará la cara de aquel baboso. Era un empresario de la madera de Coaleda que acudía con frecuencia al prostíbulo, y Edivania ya le había hecho algún servicio. No era un tío delicado ni respetuoso por lo general, pero tampoco era de los peores. Tendría cerca de 60 años, el pelo cano y un diente de oro que reemplazaba a otro perdido. Era el típico palurdo venido a más, se veía a la legua. Estaba casado, pero, por lo que contaba a las

chicas, le decía a su mujer que se iba con los amigos a jugar la partida o ver el fútbol como excusa para echar un polvo.

Esa noche se le veía bastante desasosegado y tenía los ojos inyectados en sangre. Le mandó a Edivania que le hiciese una felación. No era lo que más le gustaba a la chica, pero no le quedaba más remedio que complacer a su cliente, por lo que agarró el miembro viril del hombre y se lo llevó a la boca. Comenzó a chuparlo despacio, con tranquilidad, algo que no debió gustarle al muy hijo de puta, porque la agarró del cabello con las dos manos y empezó a agitar su cabeza con violencia, introduciéndole el pene hasta la garganta. Aquello le provocó un gran dolor, pero la tenía bien aferrada y no era capaz de liberarse.

—¡Vamos putita! —gritaba desatado— ¡Cómetelo todo!

No había manera de zafarse de él, por lo que le propinó un fuerte mordisco en la polla. El tipo se retorció de dolor y la soltó para llevarse las manos a su dolorida verga, pero reaccionó con rapidez y le arreó un gran bofetón que la tiró al suelo. Edivania comenzó a gritar desaforada mientras lanzaba patadas desde el suelo para que aquel cabrón no se acercase.

Unos segundos después, que a ella se le hicieron una eternidad, aparecieron el Ruso y Diego por la puerta de la habitación. El de origen eslavo sujetó al hombre por detrás agarrándole con un brazo por el cuello, mientras que con el otro le sacudía puñetazos en el riñón.

—Suéltalo —ordenó Diego.

El Ruso hizo lo que le dijo su compañero quien, con una agilidad increíble, atizó una patada voladora en la cara del cliente que le tumbó. Entre los dos cogieron al hombre, que había perdido el conocimiento, y se lo llevaron fuera de la estancia.

Tuvo que acudir a urgencias esa misma noche aquejada de un fuerte dolor en el cuello. El médico que la atendió le diagnosticó un esguince de cervicales, además de pedir a una enfermera que le curase los rasguños en la cara. Le dijo que estuviese una semana de reposo, pero Diego le dijo que «ni de coña» por lo que al día siguiente tuvo que volver a la faena. Edivania nunca volvió a ver a aquel canalla por el club.

El tiempo transcurrió tranquilo durante casi un año entero. Wendy ejercía su trabajo sin protestar, aunque la procesión iba por dentro. Del dinero que le daban los clientes apenas le quedaba nada, pues según le dijo Diego, había contraído una deuda enorme para poder pagarle el viaje, a lo que había que sumar los gastos de alojamiento y manutención. Aun así lo poco que le sobraba era suficiente para que su madre tuviera para ir tirando. Una vez por semana, o cada 15 días como mucho, se acercaba al pueblo para realizar la transferencia y aprovechaba para llamarla por teléfono, pues a las chicas nuevas no les dejaban tener móvil al principio, hasta que no demostrasen su lealtad. Le contaba que trabajaba de camarera en un bar de carretera, que ganaba lo suficiente y que vivía con otras compañeras en un bonito apartamento con vistas a las montañas. Le describía los verdes paisajes llenos de árboles y de vida. Su madre aparentaba quedarse tranquila con las historias que le narraba, casi todas producto de su imaginación. Nunca tuvo arrestos para contarle la verdad, que se sentía sucia por lo que hacía e imbécil por haber sido tan pardilla y confiar en João.

La sorpresa fue mayúscula cuando éste apareció. Serían las cinco de la tarde de un jueves del mes de septiembre cuando, recién despertada, bajó a la pequeña cocina que compartía con el resto de chicas para tomarse un café. Allí estaba él, con una sonrisa magnífica como si nada hubiera pasado, la blancura de sus dientes reflejaba el sol que entraba por la ventana. Abrió los brazos

esperando que ella le diese un gran achuchón, pero lo que recibió a cambio fue un salivazo en la cara y una frialdad extrema. El gesto de João trocó en una mueca de desagrado mientras se quitaba el escupitajo de la mejilla. Fue consciente de que con Wendy no funcionaría el argumento que utilizaba con otras chicas de que lo había hecho para sacarlas de la miseria.

—Veo que te alegras de verme —dijo él con ironía, tratando de romper el hielo.

—Mucho, se nota, ¿verdad? —respondió Wendy con el mismo sarcasmo, mientras trataba de calmarse para no saltarle a la yugular.

—Tu madre está muy bien, te manda algunas cosas —observó João mientras le acercaba una bolsa de plástico que había sobre la encimera.

—¿Qué cojones haces aquí? —interpeló ella sin dejar de clavarle la mirada.

—Bueno, las cosas se estaban poniendo un poco feas por allí y decidí quitarme de en medio durante algún tiempo. Tengo aquí algunos amigos que me deben unos favores y por eso he venido. Bueno, por eso y porque tenía ganas de verte —mintió guiñándole un ojo.

—Mira hijo de puta —los ojos de Wendy estaban inyectados en sangre—, me has destrozado la vida y apareces aquí como si nada. Vete a la mierda, ¿entiendes?

—Relaja un poquito guapa —trató de calmarla—. Algún día te darás cuenta de que si no hubiera sido por mi tanto tú como tu madre os estaríais muriendo del asco en aquella puta favela, así que no seas tan desagradecida.

—¿Desagradecida? Ja, ja, ja —soltó una carcajada con gran sarcasmo—. Que te quede claro João, entérate bien porque no pienso repetírtelo: no quiero que te acerques a mí, porque ha sido ver tu cara y lo único que me entran ganas es de coger un cuchillo y abrirte en canal.

—Pues no te va a quedar más remedio bonita —su rostro adoptó un gesto duro mientras se acercaba al de ella—. Voy a trabajar aquí, en la seguridad del local, así que te vas a tener que aguantar. Y como se te ocurra tocarme las pelotas le digo a mi amigo Diego que repita contigo la sesión de bienvenida, ¿queda claro?

—Hijo de puta —masculló entre dientes sin apartarle la mirada.

Fue él quien rehuyó la suya para abandonar la cocina. Habían compartido lo suficiente juntos como para que João estuviese seguro de que, si no andaba con cuidado, Wendy cumpliría su amenaza, por lo que desde el primer día mantuvo las distancias con la chica. Ella por su parte se dio cuenta del miedo que atenazaba a su antiguo amigo. Era consciente de que ella le provocaba cierto respeto pues sabía de lo que era capaz, pero había algo más que no lograba desentrañar y que quizás tuviese relación con su repentina aparición.

Por eso no le sorprendió cuando unos meses más tarde le vio con el rostro demudado, como si hubiese tenido una aparición. Hablaba nervioso con Diego a la puerta del garito, aún cerrado, haciendo grandes aspavientos y fumando un cigarro tras otro. Desde donde ella se encontraba no pudo captar nada de la conversación, pero esa misma noche, un frío y lluvioso día de invierno entre semana, donde los clientes escaseaban, otra de las chicas le contó que el día anterior João había visto de manera fugaz a alguien que conocía al otro lado de la carretera. Por lo visto fue como un espectro, una aparición, pues surgió de repente e igual se esfumó. Durante unos segundos le miraba inmóvil bajo la luz de una farola pero al pasar un camión había desaparecido. La chica por supuesto no tenía ni idea de quién se trataba, pero al parecer estaba relacionado con el motivo que había impulsado a João a huir de Brasil y refugiarse en aquel agujero.